

LIST DER VERNUNFT

«Ahora es preciso que Hegel nos diga cuál es la estructura formal de esa historia, de esa dialéctica histórica. Hegel da una respuesta muy precisa: esta historia es evolución (*Entwicklung*). Parte de un núcleo germinal y consiste en evolución.

Naturalmente Hegel no está apelando aquí a la evolución en el sentido biológico de la palabra; esto a Hegel le interesaba mucho en el momento en que esto comenzaba a agitarse en Europa, pero le importaba mucho más algo distinto: *la idea de que esta evolución es obra de la razón*. Ahora bien, por muy obra de razón que se quiera, es una evolución; pero lo es de la razón y de la razón dialécticamente constituida.

Con lo cual, en definitiva, todas las grandes creaciones de la historia están para Hegel pre-incluidas en el germen del que dialécticamente salen; en este sentido, no se produce en la historia ninguna innovación radical: “En los primeros barruntos del espíritu se contiene ya *virtualiter* toda la historia” (*Die Vernunft in der Geschichte*, p. 39).

¿Significa esto que la historia es la dialéctica de la virtualidad? Este es un grave problema que habría que plantear a Hegel: ¿y si la historia no fuese dialéctica de virtualidades y, por consiguiente, de realidades, sino un sistema de creación y obturación de posibilidades? Entonces la historia sería otra cosa distinta, produciría justamente la posibilidad antes de la realidad, con lo cual sería una casi-creación.

Hegel nos ofrece aquí una idea muy precisa de lo que él entiende por historia: la idea es la realidad, es el núcleo, el germen, como en la naturaleza la semilla lo es del árbol. Por esto es por lo que los primeros barruntos del espíritu contienen ya *virtualiter* la totalidad de la historia. [...]

La tercera cuestión que tenemos que plantear a Hegel a propósito del espíritu objetivo es la relación entre el espíritu subjetivo y el espíritu objetivo. Hegel no duda en estampar un par de afirmaciones que podrían haber hecho temblar a cualquier espíritu reflexivo.

Así, se afirma que cuando el espíritu objetivo se pone en marcha, el espíritu subjetivo no tiene nada que hacer; los individuos se conservan simplemente como recuerdo en la historia, pero la historia no la hacen los individuos por sí mismos, sino los individuos transportados por la historia, por el espíritu objetivo. Son accidentes, como notábamos antes, pero ahora vemos el sentido radical de esa accidentalidad. Hegel nos dice que la historia entera

podría escribirse sin pronunciar un solo nombre propio, lo cual hasta cierto punto es verdad, pero, dicho así, obliga a reflexionar: ¿es verdad que los individuos se conservan en el espíritu objetivo sólo como recuerdo de lo que fueron y que su única realidad sea la contribución que tuvieron y que bajo forma de recuerdo pervive en el espíritu objetivo?

Hegel diría que los individuos no tienen nada que hacer en la historia, pero va a dar una contestación que consiste en hacer de la listeza un momento intrínseco del espíritu objetivo; es lo que Hegel llama la treta, la añagaza de la razón (*Die List der Vernunft*).

Esta añagaza consiste en que ciertamente la historia no puede ser hecha sino con los individuos y por los individuos, pero hace creer a esos individuos que trabajan por su propio interés individual cuando en realidad están trabajando por el espíritu objetivo.

Pasa lo mismo que con el acto de generación individual en la que uno puede lanzarse a la generación por mil razones subjetivas, pero en realidad la naturaleza persigue una finalidad distinta, que es la conservación de la especie.

Esta es la treta de la razón; todo lo que los individuos hagan es muy bueno subjetivamente para ellos, pero la treta consiste en hacer que esas cosas aparentemente subjetivas e individuales sirvan para algo que desborda la individualidad y que es el curso del espíritu objetivo.

Los individuos se conservan como recuerdo, gracias precisamente a esta especie de listeza interna de la razón. Esto excluye *a limine* la posibilidad de que uno pueda poseer en sus manos el concepto del espíritu objetivo y el *télos* de la historia. Por eso, la filosofía de la historia no puede convertirse en profecía. [...]

Como quiera que sea, es una visión grandiosa de la historia. En este concepto de historia en realidad dentro de la historia no pasa nada, sino que todo se conserva; la historia se ocupa del "es" en el sentido del presente absoluto:

"En la idea aquello que parece que ha pasado queda eternamente no perdido, La idea es presente. El espíritu es inmortal" (*Ibid.*, p. 165). [...]

No olvidemos que este proceso es dialéctico y, como sucede en toda dialéctica, el término segundo queda superado (*aufgehoben*) precisamente en la síntesis originaria, de la que la tesis y la antítesis no son sino abstracciones.

Por ello, en el espíritu absoluto queda conservado el individuo, pero en forma de "superado" (*aufgehoben*), es decir, habiendo contribuido en una u otra forma a las determinaciones concretas del espíritu absoluto.»

[Zubiri, Xavier: *Los problemas fundamentales de la metafísica occidental*. Madrid: Alianza Editorial, 1994, p. 312-315]



«Cada uno de los vivientes de una especie no simplemente está situado respecto de su propia vida, sino que está co-situado con todos los demás, por lo menos con todos los demás que le circundan. Esta con-situación produce, naturalmente, el hecho bien trivial y exactamente denominado: una *convivencia*.

Y una *convivencia* que lleva a los vivientes a conformarse en una u otra forma, y a constituir lo que de una manera muy vaya, muy antipática para los sociólogos, pero radical, se llama sociedad, *societas*. Sociedad, pues, en el sentido de *convivencia*.

Los animales también tienen co-situaciones, conviven, etc. Y se dice entonces que existen sociedades animales. Pero esto es un problema: ¿es verdad que las sociedades animales son sociedades? Ciertamente, no, por lo menos a mi modo de ver. No son sociedades porque aquello que mueve a cada uno de los animales de la especie en cuestión, por ejemplo, a las abejas, a los perros, a las hormigas, etc., a ejecutar esas acciones de carácter colectivo, son meros estímulos signitivos.

Es en virtud de determinados estímulos signitivos por lo que las abejas se mueven en ángulo constante respecto de los rayos del sol, o por lo que emiten signos que comunican a las demás, o elaboran la cera de sus celdillas hexagonalmente, etc. Las abejas lo hacen por un estímulo que impulsa a cada una de ellas; lo que sucede es que eso que hacen sirve para la especie.

Como diría Hegel, es *Die List der Vernunft*, el ardid de la razón: meternos a cada uno a satisfacer una necesidad personal, y, mientras creemos que este era el verdadero móvil de la razón, resulta que la razón mira al espíritu entero, y a la conservación de la especie.

En nuestro problema, no sería el ardid de la razón, sino *Die List des Lebens*, el ardid de la vida. Pero esto no quiere decir que la abeja trabaja proponiéndose hacerlo para los demás. El animal no trabaja intencionalmente sino signitivamente. Su comunicación de signos no es lenguaje, para serlo le falta el carácter significativo. El lenguaje animal tiene carácter signitivo, pero no significativo, cosa que solo puede tener un animal con inteligencia.

El animal no trabaja por estímulos reales, sino tan solo por estímulos signitivos. Por eso no forma sociedades sino *agrupaciones*. Son agrupaciones cuyo carácter de grupo está fundado en estímulos signitivos y constituido por ellos, algo *toto coelo* diferente de lo que sucede con los hombres, que son animales de realidades. [...]

El momento de realidad es lo que constituye el carácter radicalmente distintivo y propio de lo que es una sociedad frente a una agrupación animal. Sociedad es una *convivencia* fundada expresa y formalmente en la realidad.»

[Zubiri, Xavier: *Tres dimensiones del ser humano: individual, social, histórica*. Madrid: Alianza Editorial, 2006, p. 37-38]

[Impressum](#) | [Datenschutzerklärung und Cookies](#)

Copyright © [Hispanoteca](#) - Alle Rechte vorbehalten